



GIOLITTI Y ROMANONES

Giulitti le lleva a Romanones veintidós años, lo que es casi una vida y en estos tiempos más. Pero no cabe dudar de que se parecen bastante como políticos uno y otro. Y hasta creemos que nuestro Romanones admira a Giulitti. Admiración que debe provenir de los tiempos aquellos en que siendo D. Alvaro de Figueroa y Torres escolar en el Colegio de San Clemente o de los Españoles en Bolonia, era ya Giulitti un político activo en Italia. Algún día se dirá lo que al Colegio de San Clemente de Bolonia le deben la política y la cultura españolas. Bolonia es con Romanones, Cierva, Pérez Caballero y algunos más. Bolonio fué también Pedro Dorado Montero.

Giulitti es el hombre de la resurrección. Fué enemigo, dicen, de que Italia entrara en la guerra, por lo menos al lado de la Entente y en contra de su pacto de triple alianza con la Alemania de los Hohenzollern y la Austria-Hungría de los Habsburgos — de los Habsburgos, los tradicionales reveladores de Italia, — y durante la guerra, tachado de germanófilo, tuvo que aguantar insultos de los exaltados, y lo que es peor, apóstrofes de D'Auffunzio. ¿Peor? ¿Peor no!

En lo de la germanofilia no cabe decir que se parezcan el casi ochentón Giulitti y el casi sesentón Romanones. Nadie le ha culpado aquí a nuestro Conde, con todo y que le hemos culpado de tantas cosas, de duplicidad en su política internacional, aunque sí acaso de timidez en ella. Hasta los que más maliciosamente pensando han supuesto que en el reparto de papeles entre los cancilleres de turno le tocó el de la aliadofilia, creen que una vez aceptado, por lealtad o por lo que fuere, ese papel lo ha desempeñado con honradez y sinceridad. Nosotros creemos más, y es que de propios consentimiento y convicción, por un liberalismo que podríamos llamar medular, el antiguo bolonio Romanones era y es fiel a la causa de la latinidad. Le creemos sinceramente liberal y democrata a la latina, y latino.

Pero es un político de turno, gubernamental y dinástico. Y su dinastismo le ha obligado a someterse al régimen de clandestinidad en la política interior y de diplomacia secreta en la exterior. ¿No se tenía por democrata Canalejas y preparó tal vez y en todo caso consintió en el pacto aquel de Cartagena, entre los reyes de Inglaterra y España, el 8 de abril de 1907, siendo Maura presidente del Consejo de ministros? Y democracia, si es algo, es publicidad. Y acaso si en Italia durante la guerra hubiese triunfado Giulitti, Romanones habría tenido que llevar a España por más decidido camino? El ostracismo de Giulitti y su derrota le salvó acaso a Romanones de gravísimo compromiso. Y nos quedamos con la neutralidad a todo trance y costa — incluso de la dignidad — del Dato ese.

Giulitti vuelve, a sus setenta y ocho años, al poder; pero vuelve, dicen, para desarmar a la revolución. Su programa es radicalísimo y casi socialista. Resultó en el Parlamento más radical en socialismo que Turati, que lleva la etiqueta de socialista. Bien es verdad que hay que hacer poco caso de etiquetas, sean las que fueren. Porque la de bolchevique o comunista es otra etiqueta.

Pero el golpe maestro de Giulitti es la renuncia a la diplomacia secreta, al régimen de clandestinidad en la política exterior. El Parlamento italiano resolverá democráticamente — democracia; otra vez más, es publicidad — sobre la paz y la guerra y las alianzas y las rupturas. Todo a la luz pública. Y aunque sea maquiavélicamente. Porque maquiavelismo no quiere decir secreto ni clandestinidad de por sí. Tiene más de cínico que de hipócrita. Y luego Giulitti declara que Italia renuncia a «proteger» a Albania, protección que era otro fruto de la diplomacia secreta.

¿Y Romanones? ¿Tendrá que hacer aquí un papel como el que está teniendo que hacer Giulitti en Italia? ¿Se atreverá a decir en el Parlamento lo que fué a París a decirle a Clemenceau? ¿Tendrá valor para poner sobre la mesa las cartas con que se jugó durante la guerra el juego secreto y doble? Téngase en cuenta que Giulitti gobierna en el reinado constitucional de un Saboya casado con una montenegrina, hija de un rey destrenado, y que Romanones tendría que ser el primer secretario de un Borbón y Habsburgo-Lorena.

Que si se unen los liberales o que si no se unen... ¿Unirse? ¿Y para qué? Como son iguales liberales y conservadores, como en nada se diferencian entre sí todos los que sirven al régimen de clandestinidad y secreto y a la dinastía, ha sido preciso dividirlos en dos grupos para que turnen. Y como no hay razón intrínseca para que se dividan en dos y no en cuatro o en veinte o en doscientos, de ahí su fraccionamiento en grupitos. La clandestinidad no puede mantener la unidad en la dualidad, el aparejamiento.

Miguel de UNAMUNO.

